

HUSSERL Y LA IDENTIDAD DE LA CULTURA EUROPEA: LA IMPUGNACIÓN «EUROCÉNTRICA» DEL EUROCENTRISMO

Jesús M. Díaz Álvarez. UNED (Madrid)

La presente comunicación va a constar de dos partes. En la primera, trataré de desentrañar aquello que al decir de Husserl es lo propio y definitorio de la cultura Europea, es decir, aquello que caracterizaría su identidad y la diferenciaría, dándole un rasgo de superioridad, sobre las demás culturas: la universalidad. En la segunda parte, y tomando como punto de arranque un texto del Profesor Reyes Mate, se abordará una acusación que frecuentemente se le hace a la fenomenología Husserliana: la de ser un pensamiento eurocéntrico. En ella se intentará mostrar que el supuesto imperialismo eurocéntrico husserliano no es otra cosa que una defensa de la razón común, que es inherente al ser humano por el mero hecho de serlo. Y ello, frente a los intentos de imponer la particularidad de cualquier cultura, sobre todo la europea, como norma universal.

1. La universalidad como seña de identidad de la cultura europea

Hoy es de sobra conocido, entre aquellos que investigan la fenomenología de Husserl, que el tópico *Natur und Geist* es el hilo conductor que vertebra la totalidad de su obra. También es algo sabido, la primacía que Husserl concedió al *Geist* sobre la *Natur*, puesto que sólo desde aquél, desde una filosofía que estableciese una clara prioridad del segundo sobre la primera, podía evitarse un tratamiento objetivista o naturalista del sujeto, fuente para él de los males que habían aquejado a la Modernidad y, con ella, a la civilización occidental. Primacía en Husserl, por lo tanto, del espíritu sobre la naturaleza. Pero ¿qué significa esto propiamente? Pues ni más ni menos que la primordialidad de la cultura como elemento que define el mundo humano o, lo que es lo mismo, la realidad primaria del hombre es la cultura. A este mundo primordial Husserl le ha dado diferentes nombres a lo largo de su extensa obra, pero uno que hizo fortuna y que posteriormente llegaría a ser emblemático de su filosofía y de otras varias por él influidas es el de *Lebenswelt*. Ahora bien, fieles a la máxima fenomenológica de no especular sino de describir, la consideración inmediata que cabe hacer sobre ese mundo del espíritu, sobre ese mundo de la vida que abarca la totalidad de las producciones de sentido fruto del genio espiritual de los hombres, es que, en cuanto tal, hemos de constatar que existen, han existido y existirán una enorme diversidad de culturas. No hace falta más que acercarse tímidamente a la ingente producción historiográfica y antropológica para constatar que los seres humanos que nos han precedido, los actuales y, con toda probabilidad, los que

nos sucedan, no vivieron, viven o vivirán bajo una tradición homogénea, idéntica. La variabilidad, la relatividad de las formas de vida, de las tradiciones es enorme, y va desde la forma de vestir o las maneras de mesa hasta los diferentes dioses en los que se cree. Siguiendo a Ortega, cabría decir que nuestros sistemas de creencias, es decir, aquello que define para nosotros qué es la realidad, en modo alguno son homogéneos. Fácticamente nos enfrentamos, así, a la variabilidad de las culturas. Pero constatado esto, Husserl se va a preguntar si tal diferencia radical entre unas culturas y otras implica asumir necesariamente que todas ellas son iguales, que toda ellas, como decía Ranke de las épocas históricas, son «iguales ante Dios». Esto es, por otra parte, la postura que mantienen los historicistas o los relativistas culturales. Para ellos, nos dice Husserl en un texto del *Origen de la geometría*, «todo pueblo o grupo tiene su mundo en el que todo concuerda, tanto si es en la forma mágico-mítica como en la rationaleuropea, y todo se deja explicar completamente. Todo «pueblo» tiene su «lógica» y, según eso, si esta se explicitara en proposiciones, «su» a priori»¹. En tal sentido, es importante recordar que desde esta posición no podemos establecer ninguna jerarquía racional de unos mundos sobre otros. Cada pueblo tiene, como se nos ha dicho, *su* lógica, *su* racionalidad, *su* a priori, en suma, cada mundo tiene *su* cultura, que no puede ser evaluada desde la de cualquier otro, y esto tanto a nivel de la razón teórica como de la razón práctica o estética. Por eso, la forma racional europea, como aquí se dice, no es ni mejor ni peor, no dice más o menos verdades acerca de los hombres y su mundo que la mítico-mágica. Es más, nociones como la de verdad, bien o belleza tendrían sentido sólo dentro de la respectiva cultura que previamente ha dado su definición. Pues bien, Husserl en absoluto va a compartir la argumentación historicista o relativista, dirigiendo una gran parte de sus esfuerzos filosóficos a neutralizarla.

Como podemos deducir por la cita del *Origen de la geometría* leída hace un momento, Husserl va a hacer con las diversas culturas dos grandes bloques. De un lado, va a situar a la racionalidad europea, a la que va a dar un rango distintivo, no equiparable a las demás y, de otro, a lo que arriba se ha denominado de modo un tanto impreciso: forma o racionalidad mágico-mítica, y que en otros lugares, por ejemplo, en la «Conferencia de Viena», tilda como culturas de carácter práctico, mítico-religiosas o prefilosóficas². La pregunta que tenemos ahora que abordar, que surge ante este planteamiento de Husserl es, ¿qué hace a la cultura y racionalidad europeas diferente de todas las demás? o, enunciado de otro modo, ¿en qué consiste la identidad de la cultura europea como contradistinta de la que encarnan las culturas de carácter práctico o mítico-religiosas? Para Husserl, aquello que es lo propio y peculiar de la cultura occidental es su pretensión de conducir la vida de los hombres según una idea de racionalidad universal. En efecto, lo que se alumbra en Grecia o, mejor dicho, lo que se hace explícito por primera vez en Grecia de la mano de la filosofía es un

¹ E. Husserl, «Die Frage nach dem Ursprung der Geometrie als Intentional historisches Problem», en E. Husserl, *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie. Eine Einleitung in die phänomenologische Philosophie*, Kluwer, Den Haag, 1976 (Husserliana VI), p. 382

² Cfr., E. Husserl, «Die Krisis des europäischen Menschentum und die Philosophie», en E. Husserl, *op., cit.*, p. 329 y ss.

modo de pensar que trasciende todo aquello que es *Zeitgebunde*, es decir, ligado a un tiempo o mundo particulares. La cultura europea es la única en la que se da la curiosa paradoja de pretender trascender su propio marco de justificación espacial y temporal, es decir, las cosas no valen por ser europeas, el criterio de legitimidad no está vinculado al grupo, el tiempo y la tradición en la que vivo, sino que son válidas porque son susceptibles de ser asumidas por cualquiera y ofrecen una mejor descripción del mundo y del espíritu que está sometida siempre a crítica. En tal sentido, la cultura europea se diferencia completamente del resto. Su modo de funcionar no es hacia dentro, hacia el pueblo, nación o grupo que posee semejante tradición, sino hacia fuera, y ello supone la constante crítica de los propios presupuestos, de la propia tradición. No se trata de proteger, de eludir el debate, el diálogo, por otra parte, única arma posible de semejante cultura, de fomentar y proteger a toda costa los dogmas heredados, sino, y si se me permite la expresión, de ir a degüello sobre ellos. No en vano, en una de las muchas frases felices que abundan en la obra de Ortega, se nos dice que la filosofía, encarnación para Husserl, como ya sabemos, de la racionalidad occidental, es la «tradición de la intradición». Por todo lo visto aquí, no es de extrañar que Husserl designe a la cultura europea no sólo como la cultura de la idealidad, de la teoría o de la crítica, sino también, y en íntima relación con ello, como la cultura de la autonomía y la absoluta responsabilidad del sujeto.

2. A vueltas de nuevo con el eurocentrismo. La impugnación «eurocéntrica» del eurocentrismo

Hoy en día una de las peores acusaciones que se le pueden hacer a un filósofo es la de favorecer, legitimar o inspirar con su pensamiento lo que se ha dado en llamar eurocentrismo. El eurocentrismo, en esta versión negativa, no es otra cosa que interpretar a los demás pueblos desde, y subrayo esto, la propia *particularidad* de la cultura europea. El efecto inmediato de semejante actitud ha sido, en el plano teórico, la negación de cualquier tipo de racionalidad a las demás culturas y, en el plano político, el colonialismo, con sus terribles consecuencias de destrucción y miseria. En suma, el eurocentrismo es el no reconocimiento del valor del otro en tanto que otro distinto del europeo y su posterior aniquilamiento o desvalorización como ser humano. Pues bien, Husserl ha sido un pensador al que con bastante frecuencia se le ha tildado de eurocéntrico. Y a alguien le podría parecer que desde los términos en los que antes ha tematizado la cultura occidental, tales acusaciones se ajustan completamente a la verdad. El tema es complicado y no fácil de abordar en el poco tiempo del que dispongo, sin embargo lo que voy a defender en las páginas que siguen es la tesis contraria. Husserl no es un pensador eurocéntrico en el sentido imperialista y colonialista con el que semejante concepto se usa habitualmente. Más bien al contrario, su respeto por el otro y por la racionalidad de las múltiples culturas en las que se asienta, así como el reconocimiento de su humanidad, son temas medulares en su pensamiento. Ello, no obstante, no le va a impedir jerarquizar o, lo que es lo mismo, discriminar entre las diversas culturas, según el modelo de lo que en el apartado anterior he caracterizado como identidad de la cultura europea. Es decir, *lo que voy*

a defender a continuación, por paradójico que sea, es el no eurocentrismo de Husserl, en virtud de su defensa de Europa como cultura universal.

Y vayamos ya al asunto de la mano de uno de los textos más duros he injustos que he leído recientemente sobre el eurocentrismo husserliano: «La exaltación del espíritu era cosa del tiempo». No hay más que remitirse a Husserl o al propio Valery. El primero cifra la superioridad de Europa en su ser espiritual, un ser al que *no todo el mundo tiene acceso*, pues de él forman parte «los dominios ingleses, los Estados Unidos, etc., pero no los esquimales o los indios de las tiendas de campaña de las ferias anuales o los gitanos que vagabundean por Europa». Esto no lo dice un alemán nacionalsocialista sino un «europeo», Husserl, que es judío. Por lo que se ve, la ceguera espiritual no es exclusiva de ninguna raza o tribu... Hay una escala dentro del concepto de mundo que es tanto como decir que hay una escala espiritual: las piedras no son mundanas (son *Weltlos*), los animales son pobres en mundo (*Weltarm*) y sólo el hombre hace mundo (es *Weltbilden*) como otros hacen patria: ese particular reparto de la mundanidad espiritual es, en cualquier caso, más generosa que la de Husserl, quien colocaba a los gitanos, esquimales e indios entre los «pobres en mundo». Para Heidegger, al menos, eran capaces de «hacer mundo».

Hay pues en Husserl más orgullo eurocéntrico que en Heidegger lo que no significa que Heidegger se crea aquello de que «todos los hombres son iguales»³.

La acusación de eurocentrismo que el profesor Reyes Mate le hace a Husserl en este texto, se ajusta perfectamente a la descripción que antes he dado y se articula en dos momentos. En el primero, se hace la acusación general de eurocentrismo en virtud de la proclamación de Husserl de la superioridad de la cultura, del *Geist* europeo sobre el de otras culturas, en este caso, la de los esquimales, los indios y los gitanos. Una cultura, y aquí esta lo decisivo, a la que tales pueblos, y el resto de no europeos, *no «tendrían acceso»*. Con esto como telón de fondo, parece lógico, y con ello nos situamos ya en el segundo momento de la argumentación, que Husserl califique «a los gitanos, esquimales e indios como “pobres en mundo”», según la división tripartita que Heidegger había asignado a la mundanidad y que coincide en su clasificación con la que asigna a los animales. Por lo demás, Reyes Mate añade a renglón seguido que: «Para Heidegger, al menos, eran capaces –gitanos, esquimales e indios– de “hacer mundo”», con lo que parece deducirse que esa pobreza en mundo que les corresponde, no es, para Husserl, siquiera creada, hecha por ellos, sino que les vendría dada, insistiéndose, así, en su asimilación al mundo meramente animal. Con semejantes ingredientes la conclusión es clara. Si Husserl, por un lado, deshumaniza a los otros no europeos, poniendo sus mundos a la misma altura que el mundo animal y, si por otro, se proclama no sólo la superioridad de la cultura occidental sino el acceso restringido, en virtud de las nacionalidades geográficas que la componen (Ingleses, Estados Unidos...), la barbarie está servida. Y la barbarie a la que entre líneas parece estar apuntando el texto es Auschwitz. Por ello, y no de modo gratuito, Reyes Mate puede afirmar que semejantes tesis sobre la superioridad del *Geist* europeo, «no las dice un alemán nacionalsocialista sino un “europeo”, Husserl, que

³ Reyes Mate, *Heidegger y el judaísmo. Y sobre La tolerancia compasiva*, Anthropos, Barcelona, 1998, pp. 24-25. La negrilla es mía.

es judío». La paradoja se ha consumado, Husserl, el judío, entre los responsables de la *Shoa*. Pero analicemos más detenidamente que dice Husserl verdaderamente sobre los gitanos, los indios o los esquimales en tanto que representantes de las culturas no europeas. ¿Afirma verdaderamente Husserl, como quiere Reyes Mate, que el ser espiritual que conforma la cultura europea *no* es accesible a todo el mundo, que es, por tanto, un privilegio de los *geográficamente*, y subrayo la palabra, europeos? ¿Es realmente cierto que Husserl sitúa a los no europeos entre los “pobres en mundo”, lo que significa, según el esquema de Heidegger antes citado, en un nivel equiparable al de los animales, incapaces, además, de «hacer mundo»? ¿Es, por último, el pensamiento de Husserl un pensamiento totalitario y genocida?

Para aclarar estas trascendentales cuestiones, lo mejor es partir del propio texto de Husserl al que se refiere y cita Reyes Mate. El pasaje aludido sobre los indios, esquimales y gitanos procede de la popularmente conocida como «Conferencia de Viena», pronunciada por Husserl en dicha ciudad en mayo de 1935 bajo el significativo título de *La crisis de la humanidad europea y la filosofía*, y dice lo siguiente: «Formulamos la pregunta: ¿Cómo se caracteriza la forma espiritual de Europa? Es decir, Europa, entendida no geográfica o cartográficamente, como si se debiese circunscribir al ámbito de los hombres que conviven aquí territorialmente en calidad de humanidad europea. En el sentido espiritual, pertenecen también a Europa, evidentemente, los Dominios Británicos, los Estados Unidos, etc., pero no los esquimales o los indios de las exposiciones de las ferias o los gitanos que vagabundean permanentemente por Europa. Bajo el título *Europa* se trata aquí, evidentemente, de la unidad de un vivir, obrar, crear espirituales...»⁴.

Lo primero que nos dice Husserl en el párrafo precedente es que Europa no designa una caracterización geográfica. Es decir, no se es europeo por habitar aquello que designamos geográficamente como Europa. Y para mostrar esto, Husserl se remite, precisamente, a los Estados Unidos o al Reino Unido, porque si Europa fuera una zona geográfica reducida al continente, jamás los americanos o los habitantes de la Gran Bretaña podrían llamarse europeos. Por esa misma razón, los gitanos que vagabundean en el territorio físico del continente europeo o los indios o esquimales que se exhiben en las ferias de la Europa geográfica y que pueden llevar varias generaciones ahí, no son, sin más, europeos. Y es que, para Husserl, Europa es una categoría espiritual, una manera peculiar de ver el mundo y de comportarse en él, caracterizada, como ya sabemos, por esas ideas de infinitud, de crítica permanente a la tradición, de autonomía, de idealidad o de plena autorresponsabilidad. En suma, Europa, encarna para Husserl, lo repito una vez más, la idea de universalidad, es decir, la idea del *logos común*, que por su propia definición puede ser alcanzado y asimilado por cualquiera por el mero hecho de ser un hombre. Y desde semejante punto de vista, es verdad que los gitanos, los indios o los esquimales no son europeos, en la medida en que sus culturas no responden al patrón universalista sino que permanecen atadas a la férrea cosmovisión que la tradición mítica religiosa les impone.

⁴ E. Husserl, «Die Krisis des Europäischen Menschentums und die Philosophie», en, E. Husserl, *op. cit.*, pp.318-319

Ahora se ve mucho más claramente el error que cometen aquellos que acusan a Husserl de eurocéntrico. Con semejante palabra, se designa, insisto de nuevo, la anulación del otro que Husserl cometería en la medida en que una cultura particular más, la europea, juzga y condena a las demás culturas particulares exclusivamente en razón de su poderío material y tecnológico, es decir, de la razón de la fuerza. Sin embargo, lo que Husserl está reivindicando con la palabra Europa es la razón común, la fuerza de la razón, la potencialidad de un *discurso*, es verdad, nacido en occidente, pero que no encarna la particularidad de occidente. Es precisamente esta elevación por encima de la propia facticidad y peculiaridad históricas lo que le permite criticar la propia cultura en la que ha nacido. Porque, no se olvide, la crítica al colonialismo, al imperialismo, al eurocentrismo, en suma, la crítica a algunos de los peores males causados por la cultura occidental, se hacen siempre dentro del marco de la tradición crítica y bajo los ideales de justicia que Husserl subsume en su ideal de Europa. De este modo, sólo siendo eurocéntricos en este segundo sentido, podríamos criticar el eurocentrismo perverso que anula al otro. Dicho de otro modo, cuando Husserl reivindica la cultura europea, percibe claramente que en modo alguno todo lo que entendemos por cultura occidental cae bajo el patrón de lo que él ha estado rotulando como tal. Occidente tiene un gran número de componentes en su tradición cultural que son tan particulares como los de cualquier otra cultura: el vestir, el modo de alimentarse, las creencias religiosas, la composición familiar, algunas formas de gobierno, etc. En ellas no hay nada que probablemente sea susceptible de ser universalizado. Todo ello es, por usar una distinción categorial de Javier San Martín, un conjunto de formas de vida *étnicas*, particulares⁵, y lo que Husserl propiamente define como cultura occidental es precisamente aquello que se eleva por encima de esas peculiaridades, iguales a las de las otras culturas, y que conforma lo *no étnico*, que podríamos resumir en los ideales de verdad, bien y belleza, en suma, los ideales que marcan la razón teórica, la razón práctica y la razón estética. Es desde este punto de vista desde el que Husserl nos dirá que la cultura europea es el *Telos de la humanidad*, aquello a lo que deben tender la totalidad de las culturas, la occidental fáctica también, si queremos aspirar a una humanidad regida por semejantes ideales de verdad, bien y belleza.

Puestas así las cosas, parece muy difícil mantener que Husserl niegue el acceso al espíritu europeo a los no occidentales. Más bien es todo lo contrario. Por ser lo común, todos tienen acceso. Desde luego, en el fragmento en el que Reyes Mate se basa para lanzar su crítica, ni siquiera haciendo enormes piruetas interpretativas puede deducirse, en modo alguno, lo que el concluye. Por lo demás, y en coherencia con lo expuesto, son mucho los lugares, en la propia «Conferencia de Viena», donde Husserl manifiesta lo contrario.

¿Y qué decir ahora de los no europeos como «pobres en mundo» o como «incapaces de hacer mundo», con su consiguiente asimilación al mundo animal? Husserl tampoco dice en ningún lugar, que yo sepa, nada parecido. Otra vez su posición aquí es la contraria a la que se le quiere atribuir: «La razón es un título basto (nos dice). El

⁵ Cfr. Javier San Martín, «¿Es Europa una idea etnocéntrica?», en VV.AA., *La idea de Europa. Una aproximación filosófica*, Valencia, 1991, pp. 35-53

hombre según la buena y vieja definición, es el ser viviente racional, y en este sentido amplio, también el Papua es hombre y no animal. También él tiene sus fines y procede reflexivamente, sopesando las posibilidades prácticas. Las obras y métodos, a medida que surgen, van formando la tradición, y pueden ser siempre comprendidos de nuevo en su racionalidad»⁶. Es decir, el Papua es para Husserl un hombre, un ser racional, capaz de ejercer la facultad de la razón y, lo que es más importante, capaz de crear un mundo que es racional en la medida en que se adapta a sus necesidades. Por lo demás, es precisamente porque compartimos con él la condición humana de la racionalidad, por lo que podemos comprender ese mundo, la tradición que él ha conformado. Lo mismo va a decirnos de las grandes culturas orientales. Son mundos ricos y complejos, capaces de un enorme refinamiento, que muestran el genio y la capacidad racional de los humanos. Ahora bien, el que Husserl reconozca ese común componente de racionalidad a todos los humanos y a los mundos prodigiosos que construyen y, por lo tanto, también, como terminamos de ver, a las culturas prefilosóficas, no significa una equiparación de todas las tradiciones culturales. Así, para Husserl el relativismo cultural y su atribución de racionalidad a todas las culturas es un punto de partida, pero no de llegada. La consideración sobre la racionalidad de las culturas debe ir acompañada por aquello que Europa representa: la cultura de la racionalidad.

Y ya para terminar, ¿puede decirse, sin más, que el pensamiento husserliano es uno de los responsables de Auschwitz? La verdad es que cuando leía el texto de Reyes Mate fue esta una de las cosas que más me llamó la atención. No porque haya que tener tabúes a la hora de analizar el pensamiento o las consecuencias del pensamiento de un gran filósofo, sino porque la elección de confrontar a ese respecto a Husserl con Heidegger me parece poco aceptable a la luz de la biografía de ambos autores. Pues la biografía de un filósofo, su decurso vital, sobre todo en momentos de gran trascendencia donde se juega un papel activo en favor de una u otra opción, nunca esta separada de su filosofar. En cualquier caso, y hasta donde yo alcanzo, me resulta muy difícil vincular el pensamiento de Husserl con la Shoa. Su idea de la superioridad del ideal que encarna Europa en ningún caso es compatible con el uso de la violencia como medio de encaminar a nadie por la senda de la verdad, la belleza o el bien. Esta forma de violencia no sería más que una impugnación de raíz de aquello que pretendía el viejo maestro con su pensamiento, que no era otra cosa que recuperar, en tiempos sombríos, el *logon didonai*, el dar y recibir razones.

⁶ E. Husserl, *op. cit.*, p. 337-338